

# ¿Hacia dónde se inclina la balanza?

Si algo se escuchó fuerte y claro en octubre de 2019 fue la demanda por mejorar la red de protección social. Luego, la pandemia dejó aún más en evidencia la fragilidad en la que viven miles de familias y desafió al Estado a diseñar e implementar nuevos programas. En el marco de las elecciones presidenciales y del trabajo de la Convención Constitucional, resurgió la discusión sobre un Ingreso Básico Universal (IBU), y se presentaron diversas propuestas abogando por esta política. En este escenario, un grupo de profesoras y profesores de la Universidad Católica elaboramos una mesa de trabajo para reflexionar sobre la pertinencia del IBU en nuestro país, considerando la evidencia disponible y el escenario actual.

En un contexto de oferta estatal altamente fraccionada —existen cerca de 140 programas en el ámbito de la protección social, que no se articulan mayormente entre sí—, el IBU podría actuar como columna vertebral, consiguiendo mayor simplicidad administrativa y aumentando la eficiencia del gasto. Es indudable, por otra parte, que cumpliría con el enfoque de derecho de garantizar niveles de vida aceptables a todas las personas. Aunque ningún país ha implementado un IBU como tal, la literatura sugiere que medidas de este tipo en otros países no han tenido efectos negativos sobre el mercado laboral. Estudios indican que también podría facilitar el emprendimiento, aumen-

tar la asistencia escolar, mejorar indicadores de salud, promover el empoderamiento femenino, y, por supuesto, reducir la pobreza.

¿Por qué creemos entonces que implementarlo no es una buena idea? Principalmente, por el costo asociado. Si la transferencia por cada persona mayor de

18 años fuese a la línea individual de pobreza extrema (alrededor de 122 mil pesos), tendría un costo equivalente a un 11% del PIB, que equivale al 46% del total del presupuesto público de 2020. Si la transferencia fuese al nivel de la línea de pobreza promedio por persona (184 mil pesos), el costo sería 16,6% del PIB (un 69% del presupuesto 2020). Costear el IBU más barato implicaría reducir el equivalente de todo el gasto público en educación, en salud y en vivienda. O bien, si dejamos intactos los actuales programas, requeriría un aumento de un 60% en la recaudación tributaria. Tal aumento de impuestos podría tener importantes efectos negativos sobre la economía y no ser viable en términos políticos.

Por otra parte, en caso de que el IBU reemplazara otros programas existentes, las personas más vulnerables recibirían relativamente menos beneficios, lo que

**“Un IBU de alrededor de 122 mil pesos tendría un costo equivalente al 46% del total del presupuesto público de 2020”.**

podría acentuar la desigualdad. Además, es importante prestar atención a las implicancias sociales y políticas de una medida como esta: la forma en que la ciudadanía se relaciona con el Estado y la irreversibilidad de este beneficio, entre otras. Finalmente, si bien hay ventajas documentadas, la evidencia dis-

ponible proviene de contextos muy distintos al chileno (como Irán y Mongolia) o de estudios experimentales.

Es indiscutible que la política social en Chile tiene limitaciones y que es urgente avanzar hacia un sistema de protección que ofrezca respuestas rápidas ante

emergencias. Asimismo, se necesita hacer más eficiente el Estado para contar con un sistema coordinado que entregue beneficios de calidad. El IBU podría aportar en algunas de estas dimensiones, pero al sopesar el beneficio que conlleva, con el costo y los riesgos, la balanza indica que su implementación no es factible ni deseable en el momento actual.

**Ignacio Irrázaval**  
Centro de Políticas Públicas UC  
**Oswaldo Larrañaga**  
Escuela de Gobierno UC

Jorge Marín  
Head hunter



## Poniendo la pelota al piso

Hace unos días una persona conversó con un colaborador nuestro y mi nombre salió en esa charla. Le dijo: «Lo conozco bien. Muy bueno para el fútbol. ¡Gran arquero!». Esto me ha pasado varias veces. Al principio mi reacción fue de incomodidad. Hubiese preferido que se comentara que soy una buena persona, o que resaltarán mis competencias laborales. Sin embargo, al digerir un poco más el tema he llegado a la conclusión de que el fútbol me ha ayudado mucho a construir mi ser profesional.

Muchos de los que hemos vivido con intensidad el deporte y que, además, hemos tenido la oportunidad de gestionar organizaciones, debemos mucho de nuestros éxitos profesionales a lo aprendido en las canchas. El fútbol me enseñó que sin estrategia y transpiración es muy difícil obtener resultados. Supe lo relevante que es que existan diferentes talentos dentro del grupo. Pero también que, muchas veces, el equipo requiere cambios. No todos los colaboradores dan el ancho, o sus habilidades no son las que el equipo necesita.

Al Presidente Boric le gusta y, al parecer, entiende de fútbol. Por lo tanto, hubiese sido esperable que elementos como los que indico deberían haber estado presentes al enfrentar este importante partido que está jugando para Chile. Era clave elegir bien el plantel (sino pregúntenle a la U), pero también su evaluación posterior. Sin embargo, en estos dos meses de gestión hemos visto una secuencia de “autogoles” y poco (o nada) en cuanto a planificación del partido. Si no reacciona —y luego— el riesgo de no lograr el campeonato es alto.

En cualquier organización los líderes son los directores técnicos. Son los responsables de que el equipo sea una máquina que funcione aceitadamente. Si un jugador se equivoca una vez, lo motivan. A la segunda, lo guían. Pero, a la tercera, no enviarlo a la banca es un riesgo o una irresponsabilidad. Una organización exitosa se basa en que cada uno tiene el deber y la responsabilidad de aportar al objetivo común, y evitar los autogoles.

Cuando Zinedine Zidane dice: “Puedes ser todo lo talentoso que quieras, pero no eres nadie si no entiendes lo que el equipo necesita de ti”, no está haciendo más que reflejar la importancia de lo descrito.

# Ingeniería de clase mundial

Recientemente, el proyecto “Analytics Saves Lives During the Covid Crisis in Chile” fue galardonado con el premio Franz Edelman 2022, que distingue al mejor trabajo aplicado de Investigación de Operaciones y analítica de datos. Un reconocimiento que es fruto de una larga tradición de investigación en el área.

Para entender la trayectoria que nos lleva a esta distinción resulta útil revisar la historia reciente de este premio. A lo largo de ella, este galardón ha sido otorgado solo a dos equipos latinoamericanos, ambos chilenos e integrados por investigadores de Ingeniería Industrial de la U. de Chile. Más aún, ya habíamos llegado a la final del certamen en otras dos oportunidades: en 2011, con la optimización del transporte de contenedores realizado en conjunto con la Compañía Sudamericana de Vapores (CSVA), y en 2016, con la calendarización (fixture) del campeonato de fútbol profesional. No tenemos conocimiento de otro grupo de investigación que concentre tal

número de participaciones finalistas.

La distinción otorgada este año es producto de un trabajo colaborativo entre el sector público (ministerios de Ciencia y Salud), la empresa (Entel) y la academia (investigadores de la Universidad de Chile y del Instituto Sistemas Complejos de Ingeniería, ISCI). El proyecto se basa en cuatro iniciativas en que usamos herramientas de la ingeniería para aminorar el devastador impacto del covid-19, lo que permitió reducir contagios, generar ahorros significativos en los costos de contención de la pandemia y, finalmente, salvar vidas.

En este proyecto participaron decenas de alumnos de que no solo contribuyeron con su energía y creatividad, sino que —en muchos casos también, y de manera fundamental— en el diseño de las soluciones y en la aplicación de

**“Este galardón ha sido otorgado solo a dos equipos latinoamericanos, ambos chilenos”.**

métodos de ingeniería de primer nivel. Muchos de los investigadores que participamos éramos estudiantes de los profesores Andrés Weintraub y Rafael Epstein cuando por primera vez un equipo de investigación chileno recibió el premio Franz Edelman (en 1998).

La experiencia que hoy viven nuestros estudiantes, así como en el pasado,

permitirá que muchos de ellos opten por seguir una carrera de investigación; que puedan constituirse, en un futuro no tan lejano, en líderes de nuevas oleadas de proyectos aplicados,

y que, esperamos, las generaciones que vienen continúen generando un impacto relevante en el quehacer nacional.

**Marcel Goic, Marcelo Olivares, Denis Sauré y Charles Thraves**  
Ingeniería Industrial, Universidad de Chile